

instante eligieron unánimemente por abad al monje Huberto, el cual corrió en seguida á ver á San Ceolfrido, y sujetó enteramente á su dictámen la elección. No solamente la confirmó el Santo, sino que haciendo el primer acto de sumisión á la autoridad del nuevo abad, recibió de él una especie de carta testimonial ó comendaticia para el Sumo Pontífice. Mas al atravesar por Francia, cayó enfermo, y murió en Langres el viernes 25 de setiembre del año 716.

Beda nos enseña (1) que en este mismo año los monges irlandeses de la isla de Hi dejaron al fin la singularidad de sus usos, cediendo á las persuasiones de San Egberto, inglés de nacion y descendiente de familia ilustre, el cual abrazó la vida monástica en Irlanda, y luego llegó á ser arzobispo de York. Habiendo pasado á visitar á los monges de Hi, fué recibido con el honor debido á su nacimiento, y mucho mas á su capacidad y virtud. Se aprovechó del crédito que tenia para inclinar á aquellos buenos solitarios á que abandonasen en fin los usos que les daban cierto aire de eisma, tanto por lo tocante á la tonsura, cuanto por lo respectivo á la celebracion de la Pascua. De este modo la iglesia británica renunció enteramente una temeridad caprichosa que durante tanto tiempo echó una mancha en sus mas relevantes virtudes.

En el año tercero del obispado de Egberto recibió del venerable Beda este prelado una larga carta en forma de instruccion, que es un monumento precioso de la tradicion y de las costumbres antiguas de la iglesia británica. Habiendo pasado el piadoso doctor algunos dias el año antecedente en dar sus instrucciones en el monasterio de York quedó el obispo tan prendado de él, que le convidó á volver cuanto antes, para

(1) Bed. Lib. 3 hist. cap. 23.

continuar ayudándole con su doctrina y sus luces. Impedido el doctor por una enfermedad de la cual murió, segun se presume, le escribió con aquel estilo de que puede hacer uso un Santo próximo á morir cuando escribe á otro Santo.

«Ante todas cosas, dice (1), evitad las conversaciones profanas y aplicaos segun vuestro estado á la meditacion de las divinas Escrituras, principalmente de las Epistolas de San Pablo á Timoteo y á Tito, de la Pastoral de San Gregorio y de sus homilias sobre los Evangelios. Si es sacrilegio emplear los vasos sagrados en los usos comunes de la vida, ¿no lo será tambien entregarse al salir de la iglesia á palabras y acciones indignas del sagrado carácter episcopal? No hagáis, pues, lo que ciertos obispos á quienes solo se les ve acompañados de gentes de placeres y glotonas: procurad llevar siempre en vuestra compañía personas capaces de ayudaros á sostener el peso terrible de vuestra dignidad y á preservaros de sus profundas caidas. Respecto á que vuestra diócesis es tan grande que no podeis visitarla toda en el discurso del año, estableced sacerdotes en cada lugar para que instruyan al pueblo y administren los sacramentos, y encargadles sobre todo que tengan cuidado de que los fieles sepan de memoria á lo menos el símbolo y la oracion dominical, y que los que no entiendan el latin, aprendan estas cosas en su propia lengua, ya sean legos ó eclesiásticos, pues á este fin las he traducido en inglés.

«Dicen, prosigue Beda, que hay muchos lugares en las inaccesibles montañas de nuestra nacion, en los cuales no se ha visto jamás obispo que ejerza sus funciones, ni ministro que instruya de su parte. ¿Por ventura alguno de estos lugares está tan extraviado que por ello se exima de pagar el tributo á su prelado? Asi pues, lejos de dar graciosamente, segun el precepto de Jesucristo, lo que graciosamente se ha recibido, se recibe sin dar cosa alguna lo que él ha prohibido tomar en cambio. El

(1) Bed. Epist. pag. 36 edit. Paris. ann. 1666.

mejor medio de remediar todos los desórdenes, es aumentar los obispos. Asi el Papa San Gregorio escribiendo al arzobispo Agustín mandó instituir doce obispos de los cuales el de York fuese el metropolitano. Nada podreis hacer mejor que poner en ejecucion este designio, á lo cual accederá gustosamente nuestro piadoso príncipe el rey Ceodulfo. Si por las donaciones inconsideradas de los reyes precedentes no fuese fácil hallar lugares proporcionados para este número de Sillas, podrá tomarse á este efecto un monasterio, y para obviar reclamaciones de los monges se les permitirá nombrar el obispo, bien en el mismo monasterio, bien en el territorio destinado para la nueva diócesis.

«Lo que mas os debe empeñar á tomar este partido, es el número infinito de lugares que tan impropriamente tienen el nombre de monasterios, pues no hay en ellos observancia monástica. Sabeis tan bien como yo, que de mas de treinta años á esta parte algunos mundanos sin esperiencia ni celo de la vida regular han obtenido de los soberanos con pretexto de fundaciones religiosas varias posesiones que han procurado asegurar á sus herederos. Allí viven con plena libertad y frecuentemente con suma licencia en compañía de sus mugeres é hijos, contentándose con recoger allí algunos monges vagabundos, espulsados de las casas de religion, y algunas veces aun á sus propios súbditos á quienes hacen tomar el hábito de religiosos y prometer obediencia. Confieren á sus mugeres iguales prelacias de las comunidades religiosas de su propio sexo; abuso igualmente ridiculo que escandaloso, y que los hace á un mismo tiempo superiores de monges y gobernadores de plazas. Seria, pues, de la mayor importancia emplear en lo que he dicho semejantes establecimientos que solo causan risa y escándalos, y que á lo menos son muy inútiles á la Iglesia y al Estado.»

Despues de haber exhortado Beda al arzobispo á reformar este abuso que reinaba en otras partes del mismo modo que en Inglaterra, y aun despues de mucho tiempo, le encarga enseñe y haga enseñar á los ingleses, como un punto de los mas impor-

tantes de la vida cristiana, cuán útil sea el comulgar á menudo á ejemplo de la Italia, de la Galia, del Africa, de Grecia y de todo el Oriente. «Pero entre nosotros, prosigue, los legos viven tan distantes de esta loable y saludable costumbre, que los mas piadosos solo comulgan por Navidad, por la Epifanía y por la Pascua, aunque hay una infinidad de personas del uno y del otro sexo y de todas edades cuya vida es muy pura, y que podrian comulgar todos los domingos y en las fiestas de los Apóstoles y mártires como lo habeis visto practicar en Roma.»

Entre las diferentes obras de Beda, el libro de las seis edades del mundo le ocasionó censuras muy vivas de algunas personas cuyo celo era mas ardiente que ilustrado. Toda la acusacion versaba sobre que Beda, prefiriendo con San Gerónimo el original hebreo de la Biblia á la version de los Setenta, contaba menos de cinco mil años desde la creacion del mundo hasta el nacimiento de Jesucristo. Las censuras llegaron sin embargo hasta la nota de herejía, de la cual el docto cronologista creyó deberse justificar seriamente. Lo verificó en una carta apologética dirigida al monje Pleguino, en la cual espone los fundamentos sólidos de su opinion. Destruye al mismo tiempo la preocupacion vulgar y entonces muy comun, de que el mundo debe durar seis mil años; y establece por máxima general, que nadie debe emplearse en pretender conocer el tiempo del fin del mundo que Dios ha querido tenernos oculto.

Además de esto, tenemos de Beda un martirologio, las vidas de diferentes Santos, algunos tratados del bisesto y del equinoccio, género de estudio muy apreciado entonces á causa de las disputas sobre la Pascua; y otras muchas obras menos importantes, á las cuales se han añadido muchas que no son suyas. Asi encontró medio de pasar sus dias en la paz y en la inocen-

cia, continuamente aplicado á estudiar, á escribir ó á instruir de viva voz, y á procurar la edificación de sus discípulos y de toda la Iglesia. Estando próximo á la muerte, se portó del mismo modo que en los días mas bellos de su vida, siempre laborioso, siempre edificante, tan recogido que nada le distraía, y en todas sus acciones reinaba una tranquilidad de alma y de conciencia que anunciaba la elevación y pureza de sus miras (1). Quince días antes de la Pascua se sintió acometido de una suma dificultad en la respiración, lo que no alteró en manera alguna la serenidad de su alma, ni interrumpió los ejercicios ordinarios de su celo. Pasó con santa alegría según el espíritu de la Iglesia las fiestas de Pascua y el tiempo que media entre estas y la Ascension. Hizo diariamente las lecciones acostumbradas á sus discípulos, empleando el resto del día y gran parte de la noche en bendecir al Señor y cantar salmos en cuanto se lo permitía su indisposición, trabajando además en sus piadosas composiciones, de las cuales dictó algunos trozos en el mismo día de la Ascension que fué el último de su vida.

A la hora de nona, conociendo su decadencia, hizo á los sacerdotes del monasterio varios presentes que indican la sencillez de aquellos tiempos y de aquellos buenos religiosos. Se reducían á algunos cucuruchos de pimienta, cuyo uso era menos común que en el día, algunas botellas de agua vulneraria y unos pañuelos, único tesoro que enriquecía la celda de este hombre grande. Quiso hablar á cada uno de sus hermanos en particular, y encomendó su alma á sus oraciones y sacrificios. Estando ya en la agonía, hizo que le pusiesen en el suelo de su celda, y en él exhaló el último suspiro, esforzándose á cantar el *Gloria Pa-*

(1) *Act. Bened. tom. 4 pag. 337.*

tri. Falleció en el año 755 á los sesenta y tres de su edad. La Iglesia le venera entre sus Santos; título que los antiguos no han tenido dificultad en conferirle, pero sobre el cual ha prevalecido el de Venerable por la estimación singular que en todas partes se manifestó á sus escritos.

Su lectura hizo tanta impresión en Ceodulfo, rey de Nortumberland, que dejó la corona y se hizo monge en la abadía de Lindisfarne (1), á la cual cedió todos sus tesoros y muchas tierras, lo que fué causa de introducirse en ella alguna especie de relajación. Empezó desde entonces á permitirse el uso del vino y de la cerbeza, pues antes no se bebía mas que agua y leche. Este príncipe no dejó de llegar á un alto grado de virtud. Murió en olor de santidad al cabo de veintidos años, y es honrado con culto público.

Los pueblos, cuyos reyes se manifestaron mas bárbaros y mas enemigos de la Iglesia, se convirtieron en sus mas ardientes defensores. En Lombardía el rey Luitprando juntaba al valor y á las otras cualidades del trono una piedad sincera, mucho amor á los pobres y una adhesión inalterable á la verdadera Religión (2); pero la rivalidad del poder y la ambición que no siempre queda del todo esterminada por la piedad, le empeñaron en algunas empresas contra los Papas, muy poderosos en Italia aun antes que llegasen á ser soberanos. Estaba ya á punto de tomar á Roma, cuando el Papa Gregorio II, sostenido solamente de su dignidad, salió á su encuentro para exhortarle á la paz. Oyó al Pontífice con respeto religioso, y quedó tan penetrado de sus discursos que se echó á sus pies, entró casi solo en la ciudad, ofreció sus armas á la Iglesia de San Pedro, y volvió á su reino

(1) *Act. Bened. tom. 4 pag. 174.*

(2) *Paul. Diac. lib. 6 hist. cap. últ.*

sin haber sacado ventaja alguna temporal de su victoria. Habiendo llegado á su noticia que en Cerdeña insultaban los sarracenos á las reliquias de San Agustín, que habían sido conducidas allí durante la persecución de los vándalos, envió embajadores con crecidas sumas para rescatar este precioso depósito y trasladarle á Pavia, donde tenía su residencia. Le hizo colocar en la iglesia del monasterio de San Pedro, que él había mandado edificar cerca de la ciudad, y que por su magnificencia era llamada el cielo de oro, hasta que la devoción de los pueblos á San Agustín le dió el nombre de este Santo doctor.

Sin embargo, quedaban tristes vestigios de la primera impiedad de los lombardos. El célebre monasterio de Monte-Casino, á quien casi todo el Occidente debía los verdaderos principios de la disciplina regular, al cabo de ciento y cuarenta años que los lombardos le habían destruido, no presentaba mas que un montón de ruinas, en las cuales algunos solitarios destituidos de todo recurso apenas hallaban con qué alimentarse y cubrirse. El Papa Gregorio, que tenía el designio de restablecer en Italia la disciplina monástica, no halló objeto mas digno de su atención que este antiguo modelo de la perfección religiosa (1). Le devolvió lo que Roma había recibido de él, enviándole bajo la dirección de Petronacio algunos hermanos del monasterio de Letran, fundado en otro tiempo por los religiosos de Monte-Casino refugiados en Roma. Se unieron con los pobres solitarios del lugar (718), y todos juntos eligieron por superior á Petronacio, que fué de este modo el sexto abad después de San Benito. Era un noble y piadoso bresciano, que habiendo ido á Roma por devoción abrazó la vida monástica, y trasladó á su nuevo monasterio desde

Brescia, donde sufrieron el martirio los Santos Fausto y Jovita, el brazo de uno de dichos Santos; lo cual se mira como uno de los primeros ejemplos de dividir las reliquias en Occidente.

Aun en Roma los monasterios vecinos á la iglesia de San Pablo hacia mucho tiempo que estaban desiertos. Gregorio II no desahogó hasta ver cesar un desastre tan deplorable en la capital del mundo cristiano, y les restituyó su antiguo lustre (1). Restableció además el monasterio de San Andrés, en donde no había quedado monge alguno. Transformó también en monasterio un hospital de ancianos situado detrás de la iglesia de Santa María la Mayor, en la cual estos nuevos religiosos tenían obligación de celebrar los oficios divinos de día y de noche. Habiendo muerto Honesta, madre de este Pontífice, consagró su casa al Señor y en ella edificó de nueva planta un monasterio famoso con el título de Santa Agueda. Tantos y tan multiplicados gastos no apuraron los recursos de su piadosa magnificencia: pues dió al monasterio de Santa Agueda novecientas treinta libras de plata, á saber: setecientas veinte para un tabernáculo, noventa para seis arcos cada uno de peso de quince libras, y diez azafates de peso de doce libras cada uno.

Quiso también el Pontífice cortar los abusos que la barbarie desenfrenada y sin pudor había introducido en los matrimonios cristianos. Para ejecutarlo con mas autoridad celebró un Concilio en Roma (721), á que asistieron veintidos obispos y todo el clero romano (2). Abrió él la sesión, representando la enormidad de un escándalo dado por la Italia, la cual tanto por lo tocante á las costumbres como á la fé debería servir de modelo al resto del pueblo cristiano.

(1) *Anast.*

(2) *Tom. 6. Conciliar. pag. 1455.*

(1) *Paul. Diac. lib. 5 hist. cap. 40.*

Preguntó despues qué pena merecian los culpables, y respondieron los obispos que era necesario anatematizar á todos los escandalosos romanos ó lombardos, y generalmente de cualquiera nacion que fuesen. Inmediatamente decidió el Papa en estos términos delante del cuerpo de San Pedro: «si alguno se casare con una sacerdotisa, diáconisa ó religiosa, con su comadre, con la muger de su padre ó de su hermano, de su hijo, con su sobrina, su prima ó su parienta por consanguinidad ó afinidad, sea anatematizado.» Todos repitieron tres veces: «sea anatematizado.» Llamaban sacerdotisa á aquella muger cuyo esposo se habia ordenado de sacerdote; la cual no podia ya casarse ni aun despues de la muerte de su consorte. Condenaron en la misma forma al

que robase alguna doncella ó viuda, al que se sirviese de encantamientos ó consultase á los adivinos ó agoreros; al que hubiese usurpado tierras con perjuicio de las letras apostólicas; y finalmente, á los clérigos que por afectar un aire militar y mundano se dejasen crecer el pelo á la manera de los bárbaros.

Así se aplicaba el Sumo Pontífice á restablecer la regularidad y hacer florecer de todos modos la Religion en Occidente, mientras que en Oriente todo se iba disponiendo para darla uno de los mas fuertes asaltos que hasta entonces habia experimentado, arruinando con el culto exterior hasta la esperanza de reanimar la piedad en el corazón de los pueblos.

LIBRO VIGÉSIMO-TERCERO.

Desde el principio de los iconoclastas en el año 726, hasta el reinado de Carlo-Magno en el de 768.

LA heregia de los iconoclastas, digna en verdad de su origen, nació entre los musulmanes, quienes reduciendo casi toda la Religion al horror de la idolatría, y traspasando, como es muy comun, los límites que se habian marcado, reputaron idolátrico todo culto ofrecido á las imágenes. Con el objeto de derribar el cristianismo por medio de esta preocupacion, un judío entusiasta llamado Sarantapechis, es decir, cuarenta-codos, segun el idioma griego de aquel tiempo, buscó al califa Vezid, y le ofreció una vida larga y feliz si obedecia á Dios

que le mandaba esterminar de sus Estados la idolatría echando abajo todas las imágenes de los cristianos (1). El califa egecutó esta supuesta orden del cielo, y esto no obstante murió ocho meses despues en el año 724. Su hijo Walid hizo morir al impostor en medio de los tormentos.

El emperador Leon Isáurico, que sin mas garantía que la opinion de los musulmanes juzgaba idolátrico todo culto tributado á las imágenes, cayó tambien en los lazos

(1) Theoph. Conc. VII. act. 5, pag. 386.

de otro impostor (1), aunque este último, llamado Beser, y nacido de padres cristianos en Siria, era un apóstata despreciable, que hacia consistir todo su mérito en la prodigiosa fuerza de su cuerpo. Leon se declaró por la primera vez en el año 726, á causa de un fenómeno espantoso que miró como una señal de la ira de Dios, irritado, segun decia, por el honor que se tributaba á las imágenes de Jesucristo y de sus Santos. Despues de haber destruido por mar y por tierra á los sarracenos que habian ido á sitiar á Constantinopla, arrojó la máscara y creyó que su autoridad estaba bastante arraigada, para tocar á un objeto tan delicado como lo son en el espíritu de los pueblos los antiguos monumentos del culto público.

En el año 726, décimo de su reinado, osó reunir al pueblo inmenso de Constantinopla, y decirle sin rodeos que era una idolatría el erigir imágenes, y que no se debía venerarlas (2). Los ciudadanos solo contestaron con gemidos y sordos murmullos, y asi es que temió el emperador esplicarse mas, y aun procuró suavizar las proposiciones que habia proferido; mas no se engañó ni alucinó el santo y sábio patriarca German, quien mostró todo el horror que le causaba una doctrina inaudita en la Iglesia, en cuyos altares siempre habian estado espuestas las imágenes á la veneracion de los fieles; y manifestó por último, que este artículo del cristianismo era tan esencial que no dudaria perder la vida en su defensa.

La desgracia fué, como por lo regular sucede en toda disputa de Religion, que el príncipe contaba á su favor algunos obispos. Constantino de Nacolia en Frigia estaba tal vez mas apegado que Leon á la nueva impiedad, reputada por obra de este obispo, y cuya confirmacion procuró con mucho

empeño. El patriarca trabajó para reducirlo, dando principio á la empresa por escribir á su metropolitano Juan de Sinnada, el cual habia escrito ya sobre lo mismo á San German.

«Antes de recibir vuestra carta, le dice (1), vino el obispo Constantino, con quien he tenido una conferencia para saber de él exactamente lo que solo sabia por voces vagas; y ved aquí el fruto de mi conversacion. Es cierto, me dijo, que movido principalmente por aquellas palabras de la Escritura: *no harás, para adorarla, imagen alguna de cuanto hay en el cielo ó en la tierra*, he sostenido que no debian adorarse las obras de los hombres; pero creo á pesar de eso que los santos mártires son dignos de los honores públicos y de que se implore su intercesion. Le repliqué: la fé y las adoraciones del cristiano solo tienen por término á Dios, segun aquellas palabras de la Escritura: *adorará s al Señor tu Dios, y servirás á él solo*. A Dios únicamente dirigimos el culto supremo y á él se refiere efectivamente todo nuestro culto. No permita Dios que adoremos á las criaturas: no tributamos á otros siervos como nosotros los homenajes que solo son debidos al Altísimo. Cuando nos prosternamos ante los príncipes de la tierra, como el profeta Natán delante de David, no es para tributarles adoracion, y cuando permitimos hacer imágenes no intentamos alterar la pureza del culto divino. Nunca nos ha pasado por la imaginacion representar los atributos invisibles de la Divinidad, cuya incomprendible grandeza ni aun los mismos ángeles podrian bosquejárnosla.

«Pero porque el Hijo de Dios tuvo á bien hacerse hombre por nuestra salvacion, formamos la imagen de su humanidad para fortificar con su vista nuestra fé, y de este modo poseemos un medio poderoso para confundir á los herejes que han pretendido forjar una Encarnacion del Verbo puramente fantástica. Con iguales fines, para recordar con fé viva la memoria de nuestros misterios saludamos las imágenes de Jesucristo y las tributamos un culto convenientemente.

(1) Theoph. Conc. VII. act. 5, pag. 355.

(2) Annal. Gr. pag. 412.

(1) Tom. 6. Cor pilior. pag. 280.